

INFLUENCIA DE LA EVOLUCION TECNOLOGICA EN LA MOVILIDAD SOCIAL DE MADRID

Madrid probablemente ha sido una de las ciudades europeas en las que mayor impacto ha producido la evolución tecnológica de estos últimos veinte años no sólo en el estilo de la ciudad y en los modos de vivir de sus habitantes, sino en la estructuración y movilidad social, distribución de riqueza, ordenaciones y peculiaridades psicológicas de los grupos que la integran.

Desde que la dinastía de los Austrias transforma esta encrucijada en uno de los centros ideológicos, políticos y administrativos más importantes de la Europa del siglo XVI, sus estamentos sociales quedan tan perfectamente definidos que apenas se ve alterado su equilibrio hasta la llegada de la Era técnica. Ciudad meridional, carente de riquezas naturales, alejada de costas y de los grandes ríos, su evolución económica queda limitada a la consignación oficial y a una mínima participación de la iniciativa privada. Así, a nadie extraña lo poco que influye en ella «el liberalismo del XIX» y su secuela «la revolución industrial».

Entra, por tanto, Madrid, en nuestro siglo XX con la calificación de «ciudad burócrata y aristócrata», y permanece así hasta la decena del cuarenta. Y es durante la misma cuando se observa que con signo favorable se van infiltrando entre sus actividades las inquietudes industriales, impulsadas por las devastaciones que ha producido nuestra guerra civil y por el aislamiento en que queda el país después de la segunda guerra mundial. A partir de entonces es cuando se popularizan diferentes medios de vida y entretenimiento, se eleva especialmente el consumo de energía (vapor, petróleo, electricidad, etc.), se facilitan el transporte, y sobre todo, se crean nuevos puestos de trabajo. Estos originan una gran inmigración, movilidad y permutación social y económica que repercuten en rápidos cambios de consumo, costumbres, perfiles urbanos y otros diferentes síntomas externos, *dentro de unos cauces y autolimitaciones que indudablemente difieren de la evolución que por idénticos motivos también se percibe en otras capitales de nuestro viejo Continente.*

ANTECEDENTES

Tres mil vecinos a principios del siglo XVI tenía, según los cronistas, la villa elegida por Felipe II para establecer su Corte y sus mecanismos administrativos, muy complejos por aquella época debido al carácter detallista y meticulado del Rey.

Como más adelante sucedería en San Petersburgo, Ankara o Wáshington, un lugarejo castellano, compuesto en este caso por los guardianes de un alcázar, unos traficantes y unos huertanos, se transformaría, por la decisión del Jefe del Estado, en una ciudad política importante, con una composición social totalmente diferente a la que le hubiera correspondido siguiendo su evolución natural.

A partir de este momento la llamada Corte conglomeraba un grupo de nobles, alto clero y jefes militares, según los arquetipos de aquella época. Mercaderes, arribistas y funcionarios constituyen otro estrato bastante definido, y por último, los primitivos habitantes, transformados insensiblemente en menestrales y servidores, formarán, con la milicia fija y sus familias, el núcleo que desde entonces conoceremos como pueblo de Madrid.

Naturalmente esta transformación artificial presentó en un principio muchas dificultades. Por esto, a poco de heredar el Trono Felipe III titubea y decide trasladar la Corte a Valladolid, pero los intereses creados actúan con rapidez y de nuevo Madrid vuelve a recuperar la investidura que le impuso el hijo de Carlos V.

De esta forma se deslizan los años sin grandes cambios en los escalones sociales y sin que aparezcan otros recursos económicos para mantener aquella población en constante crecimiento que la riqueza artificial de las arcas del Tesoro, repartidas entre cortesanos y gobernantes, de acuerdo con las ideas de centralización, capitalidad y fuerza política de que Madrid blasona.

Exteriormente, mientras la capital bajo los Austrias es una ciudad incómoda que carece de viviendas y lugares de esparcimiento, a partir de Felipe IV, y sobre todo con los Borbones, consigue que lentamente mejore el aspecto de sus calles y paseos y comience a ser esta villa un lugar en cierto modo agradable. Según la hegemonía del país disminuye, las fiestas de la capital son más frecuentes y suntuosas, con lo que el centro político se hace asimismo centro social de España (1).

Esto estimula a los que poseen latifundios y otras propiedades a elegir

(1) «He visitado casi todas las capitales del mundo, pero en conjunto ninguna me ha interesado tanto como la villa de Madrid». GEORGE MORROW: *La Biblia en España*.

a esta ciudad como cuartel de invierno, y de esta forma va surgiendo el *Madrid-residencia*, que da lugar a una nueva clase social, la de los plutócratas. Estos rentistas, junto con las clases pasivas, no crean riquezas, pero sí las canalizan, recogiendo bienes del exterior, con beneficio de los comerciantes, muchos de los cuales, enriquecidos, entran a incrementar en este grupo social e intensifican las características de *ciudad-consumo* que en un principio tenía (2).

Resumiendo, nos encontramos que el decreto de Felipe II da origen a una ciudad artificial que podía considerarse como una agrupación y centralización de instituciones. En 1850 (que corresponde al Madrid de los 260.000 habitantes) vemos a las mismas figuras que las representan transformadas en políticos, intelectuales, artistas, militares, nobles, clero y rentistas. La movilidad social, fuera de los incidentes políticos, no se produce por la dinámica de aquellos grupos, ya que la actividad de estos personajes no crea directamente riqueza (ni tampoco entre ellos se producen cambios de especialidad, profesión o cultura), sino que únicamente siguen los avatares del reparto de bienes que de América y del país van llegando, los cuales se distribuyen muy desigualmente.

En sentido contrario a este proceso económico, la idea de categoría, nivel o «estado social» se fortalece constituyendo en la vida de estos ciudadanos un factor de excepcional importancia. Las apariencias externas de cada familia, más que las posibilidades o realidades, es lo que manda; así, vemos cómo desde los más humildes a los más poderosos, todos están intentando pertenecer o tener concomitancias con el escalón superior, y esta obsesión influye constantemente en sus actos y constituye una de las principales motivaciones de su actividad (3).

AMBIENTE FÍSICO

La Era técnica, además de este ambiente social, en cierto modo artificial, encuentra una ciudad cuyas condiciones naturales aparentemente no son muy favorables al rápido desarrollo económico.

(2) Carlos III, Rey y excelente alcalde, decreta en 1783 que «la honestidad y honradez de todos los oficios hace patente que no envilece su ejercicio, permitiendo, por ello, a las personas *afectadas*, el goce y prerrogativa de la hidalgía».

(3) El hombre precapitalista es el hombre natural, el que Dios ha creado; un hombre de cabeza sólida y piernas robustas que no corre alocadamente por el mundo como lo hacemos ahora, sino que siempre se mueve con sosiego, sin precipitación ni afanes. No es difícil, pues, describir su mentalidad económica, se infiere de su naturaleza humana. WERNER SOMBART: *El burgués*. Editorial Oresme, Buenos Aires.

Altitud, clima, posición geográfica, subsuelo, etc., distan mucho de las cualidades de ideales para crear los medios de vida que necesita esta gran urbe (que en la actualidad supera los dos millones de habitantes), situada en una alta meseta, a más de 400 kilómetros de cualquier costa y rodeada de una tierra seca y empobrecida.

Por su disposición, los técnicos en morfología urbana no dudan en calificarla como *ciudad-colina*, característica ésta que fué propicia para la defensa en las luchas del medioevo, pero que no introduce más que incomodidades y dificultades en las actividades que corresponden a la vida actual.

Las ciudades de esta clase predisponen al aislamiento, condición que influye en la mentalidad y en el temperamento de sus moradores. Mientras en las ciudades fluviales como París, Berlín o Viena todo favorece al intercambio (lo mismo que en las ciudades-puerto Barcelona, Nueva York, etcétera), aquí, en las nuestras, las amuralladas ideas quedan recogidas o con las mismas dificultades para su expansión o evolución que las que puedan tener los isleños.

EL IMPACTO DE LA TÉCNICA EN LA CIUDAD

A partir de 1850 llega la llamada «civilización industrial», impulsada por una mecánica tecnológica, una economía de mercado y una dinámica industrial. Los tres factores van tan íntimamente unidos, que careceríamos de perspectiva en el estudio de la evolución de esta ciudad si intentáramos analizar la relación técnica-ecología-social, olvidando o prescindiendo del eslabón económico. Así, Vierkant, con acierto, señala «toda invención técnica pone constantemente al hombre económico en contacto con la realidad, haciendo que éste tienda a destruir incluso las esencias más tradicionales o más arraigadas en el alma humana» (4). Esto nos obliga a separar dos temas muy diferentes que surgen de este análisis. En primer lugar, se ve a esta ciudad como un medio pasivo, que usa y disfruta de los productos y facilidades que le ofrece esta Era tecnológica, adaptándose a los mismos según la educación, nivel de vida y profesión de las personas que entran en contacto.

El segundo aspecto, también real, corresponde a su forma de reaccionar, la cual presenta un carácter más dinámico. La técnica ofrece una nueva vitalidad o modo de crear riqueza, que se traduce no sólo en otras costumbres, sino que va acompañada de una extraordinaria movilidad social, que acelera

(4) *Stetigkeit und Kulturwandel*, pág. 109.

la expansión de las industrias y la aparición del obrero industrial, con todas las consecuencias que suscita su integración.

Pasando a los hechos, bruscamente en esta ciudad cambian los medios de transporte, el urbanismo, las viviendas y los utensilios que se usan en las mismas. Su crecimiento y racionalización simultáneamente facilita y dificulta la vida diaria. Las diversiones (cine, radio, televisión) y los deportes transforman sensiblemente las actitudes y la mentalidad de una gran masa. La presión demográfica, tanto por aumento vegetativo como de inmigración, sigue el ritmo que impone los avances de la Medicina e higiene. Por último, la aparición de nuevas fuentes de energía (carbón, petróleo, hulla blanca) en lugares distantes, pero asequibles a la ciudad, crean en ella fuentes de riqueza y una actividad económica.

TRANSFORMACIÓN INDUSTRIAL

Evidentemente, el efecto más penetrante que la técnica ha producido en nuestra agrupación urbana ha sido la creación de una industria. Esta origina formas nuevas de vida, y el grupo anónimo de obreros, ocupado hasta aquí en la construcción y en diversas actividades artesanas, aumenta en proporciones inesperadas, pasando a ser la clase más numerosa. Esto, hacia el año cincuenta, no es más que una tendencia, pero ya lo suficientemente definida, para mantener una constante expansión, que afecta en la actualidad a más de 400.000 habitantes (5).

En ello ha influido, como antes indicamos, la reconstrucción de Madrid, la mejora de sus transportes, y sobre todo, las facilidades que ofrece la energía eléctrica, la cual permite situar a la industria ligera, que es la que aquí predomina, lejos de las cuencas mineras y carboníferas. A todo esto se añade la conflagración mundial, que al aislar a nuestro país, nos concede el tiempo que necesitábamos para realizar el imprescindible aprendizaje que exigen ciertas industrias, muy técnicas y complejas (electrónica, relojería, mecánica de precisión, etc.).

Las primeras Empresas de estos grupos iniciaron su desarrollo en Cataluña; las siguientes prefirieron establecerse en Madrid para beneficiarse de la mano de obra económica que les brindaban nuestros superpoblados suburbios.

Sólo comparando el censo industrial local de 1960 con el del año 1936,

(5) Aunque el Gobierno aplique ahora una intensa política de descongestión industrial de la ciudad que desvíe hacia otros lugares, la nueva industria, esta expansión a que aquí nos referimos no podrá evitarse.

vemos que los 222 contribuyentes de la industria textil pasan a 1.553, destacando 115 fábricas que reúnen 10.000 obreros. Los metalúrgicos, que sumaban 1.854, alcanzan la cifra de 3.488. Las industrias químicas llegan de 479 a 934. El grupo de industrias de cerámica, vidrio y cristal saltan de 111 a 533. Las de curtido, calzado y pieles, de 396 a 829. Las de alimentación y bebidas, de 776 a 1.375. Ahora bien: no es el número de fabricantes dados de alta lo que para nosotros tiene importancia en esta transformación. Lo que aquí interesa desde un punto de vista social, o bien institucional, es la aparición de la gran Empresa. Unas veces, por iniciativa privada; otras, impulsadas por el Gobierno, se planifican industrias que por su volumen y complejidad en todo el mundo se considera por lo menos del tipo medio, por lo que se establecen en ellas sistemas modernos de organización. Hoy, en el gran edificio de los Sindicatos, de más de quince plantas, que se levanta justamente frente al Museo del Prado, son bien conocidas las grandes esperanzas que se tienen en esta transformación de la industria local.

En realidad, constituye ésta la única salida que tenemos para resolver el terrible problema que presenta el constante éxodo del campo a la ciudad, producido este escape no sólo por la pobreza del agro, sino también por la razonable necesidad de su rápida mecanización.

Así, vemos que mientras en 1940 únicamente existía en nuestra capital y sus cercanías media docena escasa de factorías, con un censo obrero en cada una comprendido entre los 250 y 500 productores, hoy son más de 80 Empresas, incluidas las aeronáuticas y radioeléctricas, que cuentan más de 250 obreros, y 16 rebasan los 500, y otras 18 los 1.000, existiendo un grupo muy importante de 220 Empresas con más de 100 obreros. Por todo ello Madrid es o está considerado como la segunda ciudad de España de la industria del metal, con sus 5.000 Empresas, que mantienen a más de 50.000 productores. También las industrias químico-farmacéuticas y de perfumería han experimentado un notable desarrollo, repartiendo sus fábricas, algunas de ellas muy importantes, por toda la ciudad. De este modo se extiende un gran cinturón, a veces no perceptible para el viajero, pero que corresponde a grandes, medianas y pequeñas industrias (refrigeración, uso doméstico, relojería, óptica, industrias de la madera, etc.), en un nuevo ambiente de productividad, organización y clima social de gran estilo técnico-industrial (6).

(6) Ocupa Madrid y su provincia el primer lugar en la producción de cerveza, material fotográfico, muebles metálicos, piedra natural, guantes, hielo, alfarería, lejías, etcétera. El segundo en productos alimenticios, bebidas carbónicas, jarabes, peletería,

TRANSPORTES Y COMUNICACIONES

Desde que entramos en nuestro siglo queda Madrid convertido en el núcleo ferroviario más importante del país. La ciudad burócrata se hace ciudad de paso, que adquirirá con el tiempo incluso carácter intercontinental (Europa-Africa). Esto será más perceptible cuando se acorten algunos itinerarios y se termine su gran estación central de Chamartín.

Paralelamente, la aviación rompe el aislamiento de Madrid XIX, colocándole a una o dos horas de cualquier costa, y sus grandes aeródromos le transforman en la ciudad fronteriza más importante del país. Mediante este transporte se incrementan sus relaciones directas no sólo con las restantes naciones continentales, sino también con Norte y Sudamérica.

Ambas posibilidades favorecen, como es lógico, la tendencia a centralizar que le dieron sus fundadores. *La rapidez en el transporte y en las comunicaciones fortalece a los medios coactivos, a la intervención administrativa y a la expansión cultural y política.* Así, es fácil comprobar cómo con estas facilidades de hacer acto de presencia en todo momento y todo lugar insensiblemente amortigua la intensidad de los fuertes nacionalismos regionales (vascos, catalanes). Las provincias alejadas encuentran ya más eficaz el canalizar sus problemas hacia este portillo central que es Madrid.

Dentro de la ciudad también se percibe el efecto de los medios de transporte. Los proyectos urbanos, como más adelante veremos, se van adaptando a esquemas de expansión en los que el factor distancia comienza a tener menor importancia. Además, los medios de comunicación interiores, sobre todo el ferrocarril subterráneo (Metropolitano), reúnen, para efectos industriales a los obreros que viven en los barrios extremos (Tetuán, Cuatro Caminos, Ventas, Vallecas, etc.), que a partir de este momento quedan a disposición de la industria, cualquiera que sea la zona que ésta ocupe, formando así una sola clase social perfectamente homogeneizada e identificada entre sí.

Por otra parte, como antes señalábamos, Madrid, centro de consumo, emplea un gran número de unidades de transporte (por ferrocarril o carretera) que recogen mercancías de todos los puntos del país. Antes, los reco-

cuero, manipulados de papel y cartón, artes gráficas, etc. Por último, es muy importante su producción de harinas, transformados de la madera, vidrio y licores.

El número actual de contribuyentes industriales se aproxima a los 29.000 con una producción total de unos 47.000 millones de pesetas (Madrid y su provincia). De éstas 12.000 millones corresponden a la edificación y obras públicas, 13.000 millones a las construcciones metálicas y los restantes se reparten entre el metal y químicas con las de transformación ya mencionadas.

rridos de retorno eran difíciles de aprovechar. Hoy, convertida en ciudad productora, este inconveniente se transforma en una extraordinaria ventaja, ya que estos retornos son excelentes medios de expansión para todas sus mercancías.

Por último, un grupo de características perfectamente definidas empiezan a adquirir la llamada población flotante. El constante paso por una ciudad de diferentes viajeros no introduce sólo un resultado económico, sino, lo que es más importante y penetrante, un intercambio de costumbres y culturas. La ciudad se abre y se perfila de este modo hacia un clima más equilibrado y cosmopolita. Ante el aumento en número y selección de este grupo, los grandes hoteles, restaurantes y comercios de lujo olvidan un poco los vecinos del lugar para adaptarse a los gustos de los que pasan. En cambio, como reacción las zonas residenciales crean su vida propia y en cierto modo aislada. Así van adquiriendo características peculiares muchas antiguas barriadas, además de las ciudades satélites que los urbanistas proyectan.

URBANISMO, VIVIENDAS Y SERVICIOS

Hasta que no llega esta época técnica, las viejas ciudades se extienden con la mayor espontaneidad y desorden. Problemas de estética y servicios comunes imponen una planificación, la cual no puede prescindir del ambiente social, atracciones y repulsiones entre los distintos grupos, e intereses o disparidades que en sus relaciones inevitablemente surgen. Así, vemos cómo la Comisión Organizadora del Gran Madrid inicia sus tareas ateniéndose al esquema de un gran núcleo central, administrativo, comercial y turístico, rodeado de ciudades satélites, a las que tratan de conceder una diferenciación que depende de las actividades y clase de vida que se prevé para los habitantes que las ocupen. Sin llegar a este casi absoluto encasillamiento, ya a fines del siglo anterior, el marqués de Salamanca perdió todos sus millones al trazar un extenso barrio residencial, el cual hoy es su sueño hecho realidad no sólo en su aspecto externo, sino ante todo por su ambiente y contenido social. Por otra parte, en esta ciudad de clima muy extremado, que por su altura el frío en invierno es intenso, y los veranos, por su posición geográfica, resultan casi irresistibles, todos los medios de acondicionamiento de temperaturas tienen excepcional acogida, mientras que otras mejoras sanitarias y de ayuda a las tareas domésticas generalizan muchas comodidades, aun entre las clases más humildes.

La ciudad se mecaniza, aunque todavía sigue el servicio doméstico absorbiendo parte de la emigración de los pequeños pueblos. En efecto, las

grandes mesetas dan, a distancias de muchos kilómetros, una vida rural tan modesta y primitiva, que, en contradicción de lo que sucede con otras grandes ciudades europeas, permite que Madrid disfrute de una cantera casi inagotable de personas dispuestas a adaptarse a esta clase de trabajos.

DIVERSIONES Y HORARIOS

Fué Madrid una ciudad que ofrecía reposados cafés, teatros de rancia solera (algunos fueron creados en el siglo XVII), pero cuyo aforo apenas permitía asistir al cincuenta por mil de su población. Esto formaba una «élite» de personas conocidas, mientras como diversión para el gran público, los toros eran el principal acontecimiento que congregaba a la multitud. De este modo hubieran seguido las cosas durante muchos años si la técnica, con sus facilidades y transportes y con sus invenciones, radio, cine, televisión, no hubiera alterado totalmente estas costumbres.

Por el pronto, cambia el perfil de sábados y domingos, interfiriendo, además, con los antiguos hábitos los deportes. Los ferrocarriles eléctricos de la Sierra y otros medios de transporte desplazan en verano a más del 25 por 100 de la ciudad hacia la montaña, y en invierno, nutridos grupos se entregan a los deportes de nieve. Grandes estadios de más de 100.000 personas retienen al resto, mientras a diario innumerables cines acogen, por lo menos, un 10 por 100 de la población.

No obstante, Madrid conserva unos horarios difíciles de utilizar para el que trabaja (comida, de dos a tres de la tarde; cena, de nueve a once, y los espectáculos, que hasta hace poco terminaban de una a dos de la madrugada, se consigue, tras grandes discusiones, que cierren sus puertas a las doce, lo cual, relativamente, evita el trasnochar). Todavía las dobles sesiones diarias en los teatros extenuan a los cómicos, sin beneficio para nadie, mientras que los espectáculos de sesión continua cada vez adquieren mayor popularidad.

El efecto del cine, de la radio, de los deportes, también originan alteraciones en las actitudes afectivas y en la destrucción de mitos respetados durante siglos con la exaltación de una raza meridional. Cede algo la tendencia a exteriorizar nuestras íntimas preocupaciones pasionales. También el ansia del Poder atraía antes hacia esta ciudad a las mayores ambiciones políticas. Hoy aparece más apagado el espejuelo de la ciudad-ágora, pero se propaga en la mayoría de las clases sociales el espíritu de lucha, transformándose éste en aspiraciones deportivas o en la preocupación de llegar a ser mando en su propia institución, Empresa o taller. También los deseos

de bienestar económico irrumpen en la gran masa, aceptando ésta para conseguirlo complejas formas de vida de un perfil que hasta aquí en absoluto se las concedía un alto valor social.

Todo ello introduce en nuestras calles al ciudadano gris. Sobre todo, en los días de descanso. En estos días Madrid es una ciudad más en la que vamos encontrando, con parecido aspecto, al rico y al enriquecido, al político y al comerciante, al bohemio y al obrero. Todos desconocidos entre sí y muy lejos de la marcada diferencia que antes establecía la levita de pisaverdes y el mantón de Lavapiés.

NUEVAS CLASES SOCIALES

Aunque no todos los cambios procedan de la influencia técnica, Madrid, a mediados del siglo XX, podemos considerarlo estratificado o agrupado de la siguiente forma:

Grupo a) Constituido por todas las personas cuya presencia en la ciudad se justifica por la primitiva idea de centralización: Organismos oficiales, representaciones de grandes Empresas e instituciones bancarias, industriales, entidades comerciales y culturales.

Grupo b) Lo constituye el Madrid residencia, en el que se incluyen los rentistas, clases pasivas, población flotante, turismo (7).

Grupo c) Los grupos a) y b) dan, a su vez, vida a la Administración local, al comercio y a la industria hotelera.

Grupo d) Madrid, centro cultural, crea una Ciudad Universitaria, entidad con significado propio, a la cual, pensando en los países hispanoamericanos, se le procura dar una amplitud que excede a las propias necesidades nacionales.

Grupo e) En el aspecto laboral conviene mencionar un primer grupo, al que directamente apenas le ha influido la técnica; este lo componen las profesiones liberales, la artesanía y el servicio doméstico.

Grupo f) Por último, en una proporción inesperada (en la actualidad pasa del 25 por 100 de la población) está el grupo «obrero industrial», el cual surge en esta alta meseta precisamente impulsado por la técnica. Sería un grupo que carecería de ocupación si Madrid no siguiera siendo más que un centro político-administrativo. De cómo se eleve el nivel de vida de este grupo, así irá ascendiendo la ciudad en la escala de las de mayor consumo de España.

(7) Hay ciudades que no crean el sector de viejos y retirados. Versalles en la actualidad es el lugar apacible de París elegido con preferencia por ancianos solitarios

TENDENCIAS EN ESTA MOVILIDAD SOCIAL

No dudamos que de momento el grupo más numeroso es el a), pero dejará de serlo, en relación con los restantes, cuando Madrid llegue a una población de tres millones de habitantes. En este aspecto es conveniente señalar un punto de interés sociológico, que en una ciudad orgánicamente estructurada como Madrid adquiere gran importancia. Me refiero a la diversificación que van teniendo las actividades que hasta ahora se consideran como estrictamente administrativas. También en ciudades como la nuestra es importante diferenciar al funcionario de aquellas otras ocupaciones productivas semiempresariales que corresponden a ciertas actividades que el Municipio o el Estado van absorbiendo constantemente. Es decir, con los planes de nacionalización más o menos impuestos por el Gobierno, es evidente que muchas Empresas productivas o servicios pasan de ser entidades privadas a instituciones estatales o semiestatales. Esto no significa un verdadero aumento de la Administración central considerada en su misión política. Por el contrario, el número de funcionarios de ésta como tal, proporcionalmente se reduce, aunque algunos lo duden.

Precisamente los medios técnicos modernos elevan el rendimiento administrativo, no siendo necesarios muchos más empleados para el gobierno de 30 millones de habitantes de lo que antes se exigía para 25 millones. Ahora bien: lo que no podemos evitar es que el país dé carácter oficial a poderosas entidades, Empresas y servicios de comunicaciones, transportes, alimentación, etcétera, y que después a éstas, sobre todo en Madrid, se las identifique con los restantes Organismos de la Administración central.

También habrá sensibles cambios en el grupo b), donde se incluyen a los rentistas, clases pasivas, etc.

Entre nosotros, como en los demás países, va desapareciendo el tipo de rentista como arquetipo de principio de siglo. Persona o familia sin actividades definidas, que se limita a recibir sus ingresos a través de Bancos y negocios en los que figura sólo como capitalista. En contraposición aumentarán, de acuerdo con la extensión que van teniendo los nuevos seguros sociales, el grupo que viven de pensiones, viudedad, retiros y clases pasivas en general. También por el efecto de la mejora de transportes, embellecimiento de la ciudad y realce de sus monumentos artísticos crece rápidamente la población flotante formada por el turismo, visitantes del resto de España, matrimonios recién casados y hombres de negocios a los que agrada una periódica visita a la capital para gestiones o diversiones.

Algo análogo sucede en el c), en donde se mantiene el grupo de pro-

fesiones libres, y en cambio, proporcionalmente disminuye el artesano y el servicio doméstico. Sin embargo, en el caso del artesano, esta disminución está muy lejos de la desaparición debido a que el lujo siempre exigirá productos refinados y especiales, que sólo el especialista-artista puede crear, y por otra parte, la mecanización da vida a pequeñas Empresas de útiles complicados, con tareas de mantenimiento y reparación; ocupaciones todas ellas en las que siempre tendrá máxima eficacia la acción directa y la libre iniciativa que caracteriza al pequeño taller.

Por último, el efecto más importante que hay que reconocer en los cambios citados es la aparición de una industria con su nueva estratificación, tipos de formación técnica, profesional, etc., la cual impone diferentes problemas al grupo de urbanistas que planifica el nuevo Madrid.

Estos técnicos, ante el problema de dar base en el futuro a una gran ciudad, se adhieren al esquema de un compacto núcleo central administrativo, comercial y turístico, rodeado de ciudades satélites, a las que dan diferente estilo, según el tipo de actividades que corresponden a sus habitantes (8).

Así, queda confinada en cuatro zonas lo que será gran industria, situándolas, respectivamente, en Vicálvaro, Hortaleza, Vallecas y Villaverde. Esta última, de gran extensión, ocupa desde la estación de las Delicias y Legazpi hasta el kilómetro 10 de la carretera de Andalucía.

En ella se van levantando las fábricas más importantes, mientras todavía quedan muchas otras distribuidas por los barrios de Tetuán, Canillejas, Ncarral y Carabanchel y por ocultos rincones de todo Madrid.

VALORACIÓN SOCIAL DE ESTAS TRANSFORMACIONES

Que la técnica penetre en una comunidad no significa que a la misma llegue el progreso (9); con ambos términos sucede como con el cuento indio

(8) En esto no deben olvidar unas de las mejores recomendaciones del profesor de urbanología CÉSAR CORT: «Nuestras poblaciones no están dispuestas para que la vida sea agradable a todos sus habitantes, ni siquiera útiles para que las clases sociales, compenetradas, se conozcan y se estimen; antes, al contrario, ha habido una tendencia morbosa a clasificarlas por barrios herméticos donde los miembros de otras actividades profesionales o de otras estratos sociales tuvieron prohibido el acceso.» *Campos urbanizados y ciudades rurizadas.*

(9) El mismo MORRIS GRINSBERG en su ensayo *The Idea of Progress*, llega a la conclusión de que todavía no se ha descubierto una ley general del progreso, lo único que podemos es destacar ciertas tendencias en la historia de Humanidad, las cuales, a la luz de la ética nacional, pueden ser consideradas como progresivas.

que demuestra que el caballo uncido al carro forma parte del mismo. El amo es el único que lo guía. En efecto, la paradoja de que el hombre puede ser simultáneamente dueño y esclavo de una invención constituye uno de los mayores peligros de la fiebre de mecanización y automatismo que ahora nos domina. Del mismo modo que un arte decae cuando se hace ciencia, un ciudadano pierde su personalidad cuando en donde reside todo está planificado y previsto. No obstante, esta ciudad, como otras muchas de la vieja Europa, parece que lucha con éxito para sobrevivir, manteniendo en lo posible perfiles propios e inconfundibles.

Otro peligro que presenta la técnica, difícil de soslayar, es la excesiva subversión de valores que imprime el término activista de *producir* y *hacer*. La prisa de la gran ciudad da más importancia al ritmo de realizar que al goce de lo que se produce. Este *clima* de movimiento alguna vez nos tenía que llegar. Por una parte, influyen las distancias. El tener que contar constantemente con los intervalos necesarios para trasladarnos de uno a otro lugar, por otra parte, la quietud provinciana fué rota en Madrid por una circunstancia no estrictamente técnica. Me refiero a nuestra guerra civil.

Durante varios años esta ciudad está en pleno frente de batalla, y de su posición dependen los resultados de la misma. Mientras los cañones destruyen barrios enteros, también las ideas cambian, adaptándose a nuevas actitudes mentales, con las que se aceptan situaciones consideradas hasta entonces como inadmisibles.

Se dividen las familias, viéndose entre sus miembros los modos más dispares de pensar. Se reconoce como lógico el trabajo de la mujer en los más variados menesteres, se crean puestos de trabajo improvisados, que más adelante constituyen medios de vida normales, y por último, en la reorganización de Madrid, todo el mundo actúa y reconoce como una necesidad la anexión de barriadas alejadas, y con ello se transforman en zonas residenciales los miserables suburbios que hasta entonces crecían de un modo errático, asfixiando la lógica expansión de la capital.

En conjunto, una gran ciudad situada en una estepa y cuya población aumenta incesantemente, indudablemente encuentra en la técnica su mejor ayuda. Por eso en esta valoración o balance encontramos incongruente la actitud de los pesimistas, que sólo ven, al referirse a la ciencia y a la técnica, sus inconvenientes sin la compensación de sus ventajas.

Olvidan los que así piensan que el hombre ha tenido la gran suerte de encontrar en el ambiente y en la realidad que le rodea una maravillosa propiedad, que es la *variedad*; pudimos haber nacido en el fondo de un pozo, en un desierto o debajo de la tierra como los gusanos. Entonces nuestra organización social, política y económica hubiera resultado tan simple, que

ignoraríamos los conflictos. Pero el hecho ha sido que miles de cosas nos circundan y lentamente vamos conociendo su aprovechamiento y sus interrelaciones. De todo ello podemos hacer el uso que más nos convenga. Para luchar y matar, todo nos ha servido: piedras, flechas, fuego, incluso factores psicológicos como el temor y la envidia. La dificultad nunca la encontramos en el *avance técnico*, sino en el desfase o retardo que llevan nuestras ciencias sociales. Son éstas las que aún no nos ofrecen los hechos y datos que ya debiéramos conocer, ni las eficaces soluciones que sin dilación debíamos aplicar.

RAMÓN DE LUCAS ORTUETA